

La estructura esencial o esencia física de Dios

La plenitud divina condensada en el Ser absoluto adquiere para nosotros colorido y vitalidad cuando pasamos a analizar cada uno de sus elementos. En el lenguaje escolástico se llama «esencia física» de Dios a la suma de las determinaciones particulares.

1. Dios nos informa sobre su esencia física en la automanifes-

tación de la Revelación. Esto se ha verificado gradualmente. En las narraciones primitivas del Antiguo Testamento Dios es el Dios Creador rígidamente monoteístico, Señor del universo y del hombre; es, de un modo especial, Legislador que da leyes, exige su cumplimiento y castiga sus transgresiones; un Dios que se cuida de los hombres con bondad y misericordia. En la época de Abraham, y sobre todo de Moisés, el Dios uno se revela como Dios de la Alianza, como Dios de su pueblo elegido, como Señor que da la Ley de la alianza y exige su cumplimiento; como Dios al que hay que servir con sentimientos de obediencia, temor y también de amor, que juzga y protege a su pueblo, que considera la apostasía como un adulterio. El individuo particular está en relación con Dios en tanto que es miembro del pueblo elegido. Con más claridad que en la época de Moisés, Dios se revela en los Profetas como Dios Uno, Justo, Bondadoso, Santo e Incomprensible.

La automanifestación de Dios en Cristo es la consumación de la Revelación del Antiguo Testamento. A ella se refieren todas las profecías. En ella se pone de relieve su sentido y adquiere cumplimiento. Cristo no sólo trae la Revelación de Dios: Él mismo es suprema y definitiva Revelación. Comparada con esta Revelación, la del Antiguo Testamento puede ser considerada como provisional e imperfecta. Su contenido consiste en la afirmación de que Dios es el amor redentor (véase la Cristología).

La idea bíblica de Dios se distingue fundamental y esencialmente de las ideas de Dios del paganismo en virtud de dos elementos:

a) En la divinidad que ella anuncia no hay diferenciación sexual. Todos los demás dioses de la Antigüedad tienen sexo masculino o femenino. Junta a cada dios hay una diosa. Entre los dioses de Homero hay amoríos y hasta adulterios. El Dios del Antiguo Testamento es uno, es persona y es masculino, pero no tiene a su lado una mujer. Se habla de él como si fuese un ser masculino para que no creamos que es una cosa, una fuerza o un ser impersonal, y para que nos le representemos como personal. Pero este modo de hablar no es más que una concesión hecha a la debilidad de nuestra capacidad comprensiva. No es una descripción real y adecuada de un estado de cosas. Dios no es hombre, Dios es simplemente Dios (Köhler, *Theologie des AT*, 2-4; véase W. Eichrodt, *Theologie des Alten Testaments*, 1933, I, 111).

b) El Dios bíblico es un ser trascendente (véase el § 41). Todos los demás dioses de la Antigüedad dependen del mundo. Como ya vimos en otro lugar, los dioses griegos no son más que las formas fundamentales de la realidad, ya sea que ésta encuentre su expresión en los mitos (Ho-

mero), en un «Arche» último y homogéneo (filosofía jónica) o en la «idea» de los filósofos. Donde quiere que la realidad profundísima o una forma esencial y fundamental del ser se manifiestan de un modo especial, el griego no puede menos de decir: esto precisamente, y no «lo completamente distinto», es Dios. Los dioses están frente a la Naturaleza, frente al mundo no como el creador frente a lo creado: no como seres totalmente distintos. El orden, la forma, la totalidad, el sentido, esto, y nada más esto, es Dios. Tal es la idea de Dios en los poemas de Homero y la de los sistemas religiosos posteriores. No es la estructura íntima, la sustancia de la idea griega de Dios la que ha cambiado, sino la forma ontológica de lo divino. Los dioses no son una infinitud de distinta naturaleza que el hombre (Kleinknecht, en *Wörterbuch zum NT* (Kittel), III, 67 y sigs.).

2. En la época de los Santos Padres y de la escolástica se empleó la filosofía platónica y aristotélica para elaborar los contenidos presentados por la Escritura. Se acentúa especialmente la unicidad, trascendencia, eternidad, incomprendibilidad y espiritualidad de Dios.

El cuarto Concilio Lateranense resume los resultados hasta entonces obtenidos con la fórmula siguiente: *unus solus est verus Deus, aeternus, immensus et incommutabilis, incomprehensibilis, omnipotens et ineffabilis* (D. 428; hay un solo Dios verdadero, eterno, inmenso e inmutable, incomprendible, omnipotente e inefable). El Concilio Vaticano, rechazando una serie de opiniones erróneas, describe la esencia de Dios de la siguiente manera: *unum esse Deum verum et vivum, creatorem ac Dominum coeli et terrae..., omnipotentem, aeternum, immensum, incomprehensibilem..., intellectu ac voluntate omnique perfectione infinitum, qui cum sit una singularis, simplex omnino et incommutabilis substantia spiritualis, praedicandus est re et essentia a mundo distinctus, in se et ex se beatissimus, et super omnia, quae praeter ipsum sunt et concipi possunt, ineffabiliter excelsus* (D. 1.782; hay un solo Dios verdadero y vivo, Señor y Creador del cielo y de la tierra, omnipotente, eterno, inmenso, incomprendible, infinito en entendimiento, voluntad y toda perfección; del cual, siendo una sustancia totalmente simple, inmutable y espiritual, hay que decir que se distingue del mundo real y esencialmente, que es en sí y de por sí bienaventurado y que es inefablemente superior a todo lo que existe y puede ser concebido fuera de Él) (véase el § 20 y siguientes).